

EL MOTÍN



Año XXXV.—Madrid, Jueves 4 Febrero 1915.—Número 5.

SUCURSAL:
RIVADAVIA, 698
BUENOS AIRES

EL MOTÍN

PERIÓDICO SEMANAL
CON 16 PAGINAS Y CARICATURAS
SE PUBLICA LOS JUEVES

REDACCION Y ADMINISTRACION
ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias, 1,50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1,50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho á recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja

A Mariano de Cavia

Querido Mariano: Al ocurrírseme dar el retrato de Costa en el cuarto aniversario de su muerte, recordé el artículo que le dedicaste en *El Imparcial* el 17 de Enero de 1911, y me dije:

«Lo reproduciré; copiaré además algo de lo mucho bueno que hace dos años publicó *Ideal* de Zaragoza; así no molestaré á nadie, y saldrá un número de *El Motín* de primera.

Sé que ni tú, ni los firmantes de los demás trabajos se quejarán de este fusilamiento, en nada parecido á los que perpetrar los alemanes, pues que *da vida* en vez de quitarla; como también sé que mis lectores los saborearán sibaríticamente.

Una parte, sin embargo, pudiera resultar amarga para los paladares de aquellos que recordaren estos versos (que tal vez no traslade yo fielmente) estampados, creo, en la losa del sepulcro de Pedro Ansueros:

«La vida de los pasados
reheprende á los presentes;
ya tales somos tornados
que el mentar á los finados
es ultraje á los vivientes.»

Pero, en fin, como no es posible dar gusto á todos, quede Costa en el lugar que merece, aun cuando se disgusten los que siguen conducta bien distinta de la que él siguió.

Decidido á que vayan desfilando por *El Motín* los retratos de los hombres de valía que no convirtieron, ni convierten, la idea republi-

cana en materia industrial ni cotizabile, estoy seguro de que te parecerá bien que empiece publicando el de tu inmortal paisano.

Tuyo, cual siempre,

JOSÉ NAKENS

La agonía del león

«Vosotros disputáis, y yo me muero», decía el emperador Augusto á sus médicos. La misma queja angustiosa resonaría hoy en los oídos de los republicanos, si Don Joaquín Costa fuera capaz de lamentaciones vanas, y si á los republicanos les permitiera el estruendo de sus disensiones escuchar voz alguna que no sea de ira y escándalo.

Es de ley en todas las moradas humanas—y es de presumir que hasta en las guardias de los irracionales ocurre algo semejante—que donde hay un enfermo de gravedad, se hable quedito, se ande de puntillas y se evite al paciente todo ruido molesto. En la mansión republicana se entienden estas cosas al revés. Don Joaquín Costa está agonizando en medio de una cencerrada.

En dicha mansión, trasunto en grande de la casa de Tócame Roque, se albergan, aparte de los polichinelas, los dementes y los grajos vestidos de pavo real, muchos hombres verdaderamente ilustres en la historia de la democracia y en la cultura nacional. Ninguno de éstos, sin embargo, es superior á Costa en lo de merecer la unanime veneración y la constante atención de los republicanos, sean del matiz que fueren. ¿Cómo no, si toda España, echando á un lado las diferencias políticas, admira y respeta á este excelso varón de saber extraordinario, de incólume integridad (sin austeridades de cartón piedra ó de cemento armado), de ardiente españolismo, de luminosa grandilocuencia, de altivo desinterés, en cuyo espíritu hemos visto revivir, en estos tiempos de abatimiento y desolación, todo el Aragón de las historias, y aun de las leyendas?

Pues, sin embargo, nadie más olvidado de los que en primer término deben llamarse «los suyos». Ni se cuidan del tristísimo estado de su salud, ni se guardan de respetar, en una tregua de piedad y de silencio, los últimos días del primero de sus

hombres. Y no les vale decir que el león se ha reclinado en su Graus, y allí hay que dejarle en paz con sus dolores y sus desengaños. Cuanto no fueran á Graus en peregrinación de amor y de ejemplaridad, allí deberían pedir á diario noticias del más insigne y más infortunado de sus campeones.

Las últimas que han llegado á Madrid son desconsoladoras en extremo. Apenas dejan ya á la esperanza aquel resquicio que no se cierra en el ánimo humano, ni aun en los momentos de suprema angustia. Ninguna cruel desconsideración hay en manifestarlo así; porque estas pocas palabras de recordatorio y llamamiento no han de llegar ¡ay! á noticia del que se va, del que se marcha á escape...

Y se marcha sin que le rodeen, sin que le den este postrer consuelo, los mismos que mañana, cuando les sorprenda la catástrofe—como les sorprenden siempre todos los acontecimientos—llenarán las columnas de la Prensa con rimbombantes elegías y buscarán aplausos en las reuniones públicas y veladas «en honor de Costa» con tremebundos apóstrofes, malamente remedados del Maestro.

No es, por cierto, de gran comodidad y agrado ir en Enero á Graus, que está muy lejos de ser el país donde florece el naranjo y brota la caña dulce; pero tampoco, dicho sea en justicia, pecan de sedentarios y poltrones los adalides de la causa republicana. ¡Si cabalmente, al parigual de los toreros, se pasan la mitad del año en el tren!

En cualquier otro pueblo de Europa, el rincón en que padeciera las dolorosas postrimerias de su ocaso una lumbrera como la que ha refulgido en el verbo de Costa, sería el punto de mira, no digo de sus afines en doctrina política, sino de todos los patriotas, de todos los intelectuales, de todos los hombres de buena fe y de buena voluntad.

Aquí... aquí se repite lo ocurrido con Méndez Núñez. Mientras el héroe agonizaba, olvidado del pueblo y de los poderosos, en una modesta habitación de la calle de Carretas, Madrid entero, y con Madrid media España, hallábanse pendientes, con zozobra indecible, de la pierna que se le amputaba al *Tato*. Ahora mismo, se ha dedicado en los periódicos largo trecho al feliz estado en que, afortunadamente para el diestro y para

el toreo, se halla la pierna de *Bienvenida*. Del estado en que se encuentra todo Costa, ni una palabra.

En lo que atañe al republicanismo, ya en sus a-tones, ya en sus guerrilleros, ora en sus innumerables caudillos, ora en sus incontables comités, hágase el caso que se quiera de la presente exhortación, insignificante por ser mía; pero yo les aseguro á todos ellos que el indisculpable olvido, no sé si inconsciente ó desdenoso, en que tienen al más esclarecido y más puro de sus prohombres, habrá de serles muy nefasto en la conciencia popular y en la sanción histórica.

Y otra cosa hay en que no quiero creer. En que si vuelven la espalda á Costa, es porque todavía temen recibir algún justiciero zarpazo del león agónico.

MARIANO DE CAVIA

El incógnito de Costa

A Costa se le debe un monumento estatuario.

A Costa se le debe el monumento vital de dar vida á su fecundo pensamiento: convertir las ideas en obras.

A Costa se le debe también el estudio de su personalidad, estudio enteramente virgen.

De Costa, como de muchos renombrados autores, se puede decir lo de tan frecuentemente citado como poco leído.

Tan conocido como es Costa, ¿será, tal vez, una personalidad incógnita?

RAFAEL SALILLAS

Los discípulos de Costa

Para ser discípulo de Costa no basta haber leído sus libros ni disertado en academias y ateneos acerca de sus doctrinas. Es preciso haber amado como él, odiado como él, sentido como él el santo patriotismo, la viril indignación, la cólera sublime. Los que siguieron su nombre y su bandera, arrebatados de entusiasmo, cuando los equilibrados, los sensatos, los prudentes le declaraban loco; los que una noche inolvidable, al resplandor de las antorchas, fueron a la estación del ferrocarril dispuestos á arrojarle sobre la locomotora para rescatar sus restos gloriosos; los que una memorable tarde fueron capaces de impedir la profanación de su sagrada tumba... Esos, esos son los discípulos de Costa.

ALVARO DE ALBORNOZ

La España de Costa

—¿Qué edificio es ese, cuyas escaleras se derrumban con tanta frecuencia?—La escuela.

—¿Y ese caserón destartado y vacío, en cuyas escaleras crece, abundante, la hierba?—La cárcel.

—¿Quién es ese ciudadano, que vive con cierto lujo, sonríe á la vida y á cuyo paso se descubren las gentes con respeto?—El maestro.

—¿Y esotro que tiene hambre en el país de los hartos?—El verdugo.

—¿A quién pertenece aquel inmenso jardín que en lontananza se divisa?—No es un jardín; es la campiña que, libre ya del fisco y del feudo, pertenece á cuantos la trabajaban.

—¿Quiénes son esos niños tan limpios como robustos que caminan sonriendo al templo de Minerva?—Son los hijos del pueblo.

—¿Quién es ese vago que despreciado mendiga en la tierra del trabajo y del amor?—Es el descendiente de cien reyes.

—¿En qué patria vivimos?—En la España ideal... la patria de Costa, redimida ya por la escuela y por la dispensa.

V. SARRIA

La voz de Costa

Lo más grande de Joaquín Costa es el espíritu de construcción que siembra en los campos que destruye. Destruir construyendo es realizar el ideal.

Por eso, aun después de muerto, suena su voz en nuestras conciencias como una amenaza y una caricia á la vez. Desde su tumba, el héroe hispano nos manda coger la piqueta y el arado, la espada y el libro. Según lo que hagamos, aldrá de su boca un anatema ó una glorificación.

JOSÉ ANTICH

¡Honrar á Costa!

Si todo el tiempo que se gasta en honrar á Costa, á la manera española, se gastase en leer sus obras y rumiarlas sosegadamente, otro sería el porvenir de España.

Mientras sigamos honrándole de este modo, malgastando tinta de imprenta, «la escuela» de Costa seguirá cerrada y «la dispensa» exhausta.

JOSÉ GARCÍA MERCADAL

Mi recuerdo

Costa vivirá siempre en la mente de todos los patriotas.

Sus méritos son tan grandes, que, á medida que pasan los tiempos, se agranda su figura.

El, solo, valió por toda una raza.

Todos aquellos españoles de cualquier condición social ó política que sientan amor por su patria, y que se hallen dispuestos á contribuir á su engrandecimiento, deben inspirarse en las puras y diáfanas doctrinas del Maestro.

Decir Costa, es decir España. ¡Paz á D. Joaquín!

FÉLIX SANCHO

El símbolo de una raza

Español por antonomasia, abriollantó con sus hechos grandezas solariegas, virtudes legendarias.

Tuvo para los ambiciosos despiadados el carácter inflexible del inmortal Cisneros; fué por su dignidad un héroe calderoniano y un Lanuza por su culto al Derecho.

Sus planes de bienestar patrio recuerdan á Olavide; su mirada fija en el progreso mundial, al conde de Aranda; sus memoriales de cultura evocan la memoria de Montesinos.

Fué consumero de todos nuestros municipios y agermanado de todas nuestras regiones; alcalde de Móstoles ante la irrupción de un caciquismo tiránico; Méndez Núñez en las crisis su-premas de una existencia combatida; Palafox en sus repul-sas varoniles, y Costa en su sabia proliferación de soluciones vivificantes.

JOSE REAL

Vacantes sin cubrir

Aquí, en España, donde se cubren las vacantes antes de ser enterrados los que ocupaban los cargos; aquí, donde por cada jefe de partido que muere brotan dos ó tres; aquí, donde por cada orador que acaba surgen seis que empiezan, aquí no se han cubierto todavía las vacantes que dejó Costa como patriota, como estadista, como político, como republicano, como regenerador.

Y se explica: hombres de sus condiciones de inteligencia, carácter y voluntad nacen pocos.

A cada instante echo de menos aquel su contundente razonar; aquel su insuperable convencer; aquel su tremebundo apostrofar; aquellas sus apocalípticas indignaciones ante la apatía é indiferencia nacional, y aquellos sus acentos viriles de condenación para todo lo cobarde, todo lo degradado, todo lo mezquino...

Pero nunca lo he echado de menos tanto como ahora... ¿Con qué poderosa energía no hubiese lanzado su formidable grito de protesta contra los que, sin haber escarmen-tado en la lección que él llevara cuando pretendió salvar á España sin reparar en formas de gobierno, se acercan hoy vergonzosamente al trono invocando deberes de cortesía allí donde él acudió con exigencias de derecho?

Para bien de esta nación desventurada, hubiese convenido que Costa viviera: para ofrecerle estos ejemplos de abdicaciones absurdas, debamos alegrarnos de que haya muerto. Hubieran sido sus últimos años

más tristes aún que aquellos que precedieron á su muerte en aquel hoy sagrado rincón de Graus, que lo vió dolorido de cuerpo aunque fuerte de espíritu, casi abandonado, casi olvidado, casi pobre, después de haber ofrecido á su patria tesoros de ideas salvadoras, señalándole dónde estaban: en la escuela y la despensa; frase imborrable que profanarán cuantos la repitan sin imponerla con su ejemplo y santificarla con su desinterés, como él hizo.

JOSÉ NAKENS

Me reservo

Los alemanes han desmontado ó destruido el monumento que á Ferrer se le había elevado en Bruselas.

Los clericales españoles, mauristas y carlistas, demostraron su alegría dejando tarjetas en la embajada alemana el día del cumpleaños del Kaiser.

A pesar de este ejemplo, no me de ido á dejar la mía en esa embajada cada vez que me entere de que han destruido una catedral ó una iglesia católica los alemanes.

Por dos razones.

Primera: porque no me daría tiempo para hacer otra cosa; tantas derriban. Y

Segunda: por que me saldría muy caro. Hoy sábado, por ejemplo, tendrían que llevar mil tarjetas, pues acabo de leer que son mil los templos católicos que han hecho cisco solamente en Polonia.

De lo del derribo de la estatua de Ferrer, no protesto muy airadamente: me reservo para cuando logren los clericales borrar del libro de la Historia la página en que figura su fusilamiento.

Me adhiero

Por iniciativa de Rodrigo Soriano, secundada y ampliada por Alvaro Calzad, los republicanos nos hemos pues oído á cuerdo para firmar un album en honor del general republicano Jofre, para visitar su pueblo natal, para rendir tributo de simpatía á Bélgica y para socorrer á los belgas expoliados.

Esto demuestra que todos estamos convencidos de que en la unión está la fuerza, y hace, por lo tanto, más culpables á los que, por egismos personales ó de fracción, se vienen oponiendo á la unión republicana.

Cuéntese con EL MOTÍN para todo lo que contribuir pueda á que se desarrolle la iniciativa de Soriano, y para que no muera como tantas otras tomadas en momentos de entusiasmos fugaz ó de indignación pasajera.

"España entre Inglaterra y Alemania" enfrente de la guerra Europea

Folleto de 80 páginas.—Una peseta.

He de presentar á mis lectores este trabajo para el cual he tenido que pasar tres semanas en las trincheras de la guerra, en las oficinas de los Estados Mayores y en los archivos de las Embajadas.

Movíome á ello la creencia de ser un imperioso deber de humanidad, de moral política, de patriotismo y de interés democrático. Pues con la lucha por las armas para conquistar la tierra donde germinan los cuerpos, las naciones en guerra han simultaneado la lucha de las plumas en la región de las ideas, para conquistar la conciencia y simpatía del mundo, que es el hogar de los espíritus.

A esa región moral, á la cual no alcanzan zepelines ni submarinos, los germanófilos hanse remontado con sus fantasías, artefactos filosóficos y sofismas, tratando de convencer al público, espectador del terrible pugilato que sostienen con los aliados, de obedecer á móviles de justicia, de necesidad y aun de beneficencia, llamados por otro nombre, «sublimes ideales de patriotismo, de cultura y de religión».

Con tales «aviones doctrinales» han lanzado las escuadras de sus sabios á todos los países, y en todas partes, y especialmente en España, están arrojando al pueblo las bombas de sus invectivas, que causan en la conciencia popular estragos no menores que los causados por sus dirigibles en los campos de guerra.

Con ello se ha formado en España el partido, no ya germanófilo, sino germanólatra, fanático, obcecado, terco, agresivo y brabucón: partido que sabemos dónde tiene sus ramas y dónde maniobra, pero cuyas raíces se pierden en el seno de la organización nacional, escondidas en hondo misterio.

Este partido, así por sus elementos visibles, como por sus gestos de cuatreros, como por su lenguaje virulento, demuestra ser el conglomerado de los residuos del antiguo espíritu faccioso, clásico en España. A él acudieron los espíritus aventureros soñando asaltos y saqueos; los sanguinarios, soñando incendios y degüellos; los bandoleros, meditando conspiraciones y acechanzas. Y así formada tal sociedad, se irguió en pie de guerra, y con gesto amenazador é iracundo, se levantó frente al Estado y sobre el pueblo español, exigiendo, imponiendo, sentenciando á guardar la neutralidad con Alemania, so pena de tener que luchar

con la banda hasta el exterminio de unos ú otros.

Ya se ve que, con esto, la banda discola, violenta y sanguinaria, no renegaba de su instinto guerrero en favor de la paz que al parecer envuelve la idea de neutralidad. Lejos de esto, la neutralidad era para los bandoleros, un medio local de guerra; es decir, con tal neutralidad España queda hecha prisionera de guerra de Alemania, desarmada, encerrada en sus fronteras, y vigilada con centinelas de vista de estos bandoleros armados hasta los dientes.

En cuanto esta bandería ha utilizado las ideas para infiltrarse y propagarse por España, he intentado salirle al encuentro en el folleto anunciado, donde se exponen, se analizan y se contestan sus hipocrasías religiosas, su cristianismo neroniano, su catolicismo bastardo, su tradicionalismo contradictorio y sus insolencias agresivas; y puesto que se cubren con manto y bonete y hacen trincheras suya el militarismo, el patriotismo y la iglesia, en el folleto se les acosa, se les reduce y se les prende en ese punto, y así presa y encadenada la cuadrilla es llevada al Primado de Toledo, para que él se declare jefe del bando si realmente la Iglesia—como dicen—inspira sus actitudes, ó para que les quite la máscara religiosa y los deje en su desnudez de simples cuatreros de la política.

Es decir: en el folleto inténtase provocar á la Iglesia, en la persona de sus autoridades y jerarcas, á hacerse solidaria y responsable ante la nación, de este bando hasta ahora suelto que anda merodeando entre sacristías y oficinas, y á decir que sí, que la Iglesia intenta hacer á España prisionera y cautiva de la neutralidad para no estorbar la guerra alemana; ó en caso contrario, á repudiar, condenar y excomulgar á estos sedicentes «cuadrilleros del santo oficio», relajándolos al brazo secular de la lucha política.

Que ese partido constituye un escándalo nacional, en el folleto se demuestra con textos y comentarios. Que la autoridad eclesiástica está obligada á impedir y á cortar todo escándalo que se dé con nombre ó color de catolicismo, de su peso se cae. Que por causa de este partido escandaloso, el nombre de España va cayendo en la odiosidad de los pueblos aliados, ahí se demuestra.

Y con ello, en lo que supe, he cumplido el deber de soldado de la pluma, en esta región de las ideas donde ha sido traída la guerra, con igual ímpetu y desahogo que en los otros terrenos de lucha, vindicando para España la neutralidad libre, consciente y voluntaria, sometida sólo á la justicia y á la conveniencia política: no la neutralidad servil ger

EL MOTIN



JOAQUÍN COSTA

mánica, de encierro y cautiverio, que hace al Estado con sus gobiernos, y á la nación con el pueblo, prisioneros de guerra de Alemania bajo la amenaza del trabuco germanófilo.

El público dirá si este objeto se logra con el folleto.

S. PEY ORDEIX

No lo entiendo

Leo en *Las Noticias* de Barcelona, que el Papa de los católicos, en el Consistorio celebrado el día 21 del pasado, conjuró á los alemanes, «para que no devasten las regiones invadidas más que lo que exijan estrictamente las necesidades militares; y que no hieran inútilmente á los habitantes en lo que les es más querido: los templos, los sagrados ministros de Dios y los derechos de la religión».

De paso aconsejó á los habitantes de los territorios invadidos, «que no dificulten el mantenimiento del orden público, agravando así su situación».

«Dios permite—añadió—que las naciones se castiguen unas á otras por matanzas recíprocas, del desprecio y la negligencia con que le han tratado».

Si digo que no lo entiendo, pueden creerme mis lectores.

El Papa sabe que las guerras estallan por *permisión divina*: luego las consecuencias que de ellas se deriven, de *permisión divina* son también.

El Kaiser cree, y lo dice, que obra por mandato de Dios: luego todo lo que se le ocurra hacer en la guerra, debe atribuirlo á inspiración de Aquel cuyo mandato cumple.

El Papa reconoce implícitamente el derecho á devastar, siempre que no se vaya más allá de lo *estrictamente* necesario: luego cuando la catedral de Roma, ó cualquier otro templo pueda impedir el desarrollo de una operación militar, deben ser destruidos: la apreciación de lo *estricto* sólo puede hacerse sobre el terreno.

«Que debe ser respetado lo que para los habitantes de las regiones invadidas es lo más querido; templos, sacerdotes y derechos de la religión.» Muy bien. Pero si la guerra es un *castigo de Dios*, creo que debe herirse á los hombres que lo desprecian en *aquello que más quieren*, para que resulte más doloroso y ejemplar el castigo.

Y acabo como empacé, confesando que no lo entiendo.

Verdad es que con todas las verdades de todas las religiones verdaderas me ha ocurrido siempre lo propio.

MANIFIESTO

Se me pide la reproducción de este:

La juventud republicana instructiva AL PUEBLO

De nuevo este puñado de jóvenes que con la quijotesca misión de unir á los republicanos en un solo bloque vinieron un día á la vida pública, se dirigen á la opinión para rendir cuenta de sus trabajos realizados. Ayer como hoy y hoy como mañana, nuestra conducta estará inspirada en el desinterés, y nuestro esfuerzo hasta donde lleguen nuestros entusiasmos, que no son pocos, porque son entusiasmos de jóvenes que no vacilan ante los peligros, sin que los arrostran con entereza, sin desear más premios que la satisfacción del buen obrar. Nuestra finalidad de unir á los republicanos la damos por descartada, y nuestro esfuerzo hoy se encaminará por otros derroteros, que si no son tan importantes, no por eso carecen de vital interés. Llamaremos á las puertas de los dormidos y de los que han permanecido en un estado neutral, mientras el partido republicano ha estado sujeto al período de disgregación; serviremos á la causa con más entusiasmo que nunca por no cesar de esfuerzo más sobrehumano; trataremos de crear conciencia de clase en los republicanos para apartarlos de esos sentimientos gregarios del «Mesianismo», que tan funesto ha sido hasta hoy.

Si razonáramos acerca de nuestra idiosincrasia, hallaríamos muy pronto su causa eficiente en la cobardía, y un pueblo de cobardes debe de ser eliminado aunque no sea más que para virilizar la raza.

Cuando un pueblo se da cuenta de su estado de desflecimiento y no realiza un esfuerzo sobrehumano para salvarse, es como un enfermo que por apatía muere por consunción: pueblo y enfermo podrían salvarse por un esfuerzo supremo de la voluntad, si el primero á la primera injusticia la premia y el segundo con el tónico reconfortante que le ha de salvar. Es menester saber que el tónico indispensable para que los pueblos avancen es la revolución, y ese milagro ya abe por el procedimiento que siguen los republicanos jamás se le administrará á España si no se cambia de rumbo.

En nuestras peregrinaciones para conseguir nuestro deseo, nemo, encontrado hombre que les ha parecido admirable nuestra idea, y que con muy buen sentido nos han aconsejado que si nos inclinamos á nuestras tentativas de unión si no queríamos correr el ridículo. Ours, sin el buen sentido que apuntamos, les pareció disparatada la idea, y estos juicios auténticos en apariencia se yuxtaponen y armonizan en realidad colocándose el observador en el punto central. De un lado, los que aplaudían nuestra desinteresada misión y nos aconsejaban que prescindíamos de nuestros deseos, era por que temían que al menear la chispa (ó partidos republicanos de Valencia) las materias fecales saldrían á la superficie, y con su potencialidad infeccionaría nuestras vidas juveniles robándonos nuestra fe y haciéndonos escépticos de ideal. Los que nos aconsejaban que era una locura, tenían también razón, porque de hacer una unión sería, donde la voz del pueblo sobranara fuera la que impusiera su omnimoda voluntad, empezaría por sacrificar á los ambiciosos, á los que tienen intereses políticos creados en las diversas hermitillas que sus desvergüenzas y la reingraciación de sus encomiastas les ha llegado á crear. Los unos por dudas de nuestra consistencia en la idea y los otros por la conservación de sus feudos, aquello que era un sueño rosado de nuestras juveniles mentes, se convirtió en una prosaica realidad que chueca.

Los hechos consumados no hay más que aceptarlos y cuando han sido funestos para la causa de la República se debe de evitar que vuelvan á repetirse.

El partido republicano se halla muerto por las luchas intestinas de los mismos republicanos, que se preocupan más que de traer la República (aquellos que por sus conocimientos el trabajo que realizarían sería más fecundo) de hacer trabajos de zapa encaminados á subir.

La Juventud Republicana Instructiva, al lanzar este manifiesto á la publicidad, no sigue otro objetivo que el despertar del sueño letárgico á los jefes republicanos, para que ya que no quieren unirse, á lo menos que no dejen morir los entusiasmos, que saquen á la brecha y en conferencias, mítins y todos los demás actos que puedan favorecer la causa, que no los abandonen y así el pueblo no seguirá murando por lo bajo que los republicanos no se acuerdan de él más que cuando se presentan algunas elecciones.

La Directiva

¿Qué decirle á esos jóvenes republicanos de Valencia, que al año ó poco más de trabajar por la unión se confiesan derrotados?

Que calculen lo necio que habré sido, al llevarme treinta y cuatro años trabajando para el obispo en igual obra.

Y lo que trabajaré; pues como habrán observado si leen EL MOTIN (que quizá no lo lean), me ha dado á última hora por predicar la reorganización por provincias, en la que, según ya me anunciaban algunos, fracasará también.

Quitando la labor de Hércules, no creo que se haya dado otra más porfiada en la Historia ni en la leyenda.

Y el puño limpiar los establos de Augias, donde habían defecado á su sabor creo que cien mil bueyes, porque, en suma, sólo se trataba de quitar mierda. Hubiérame yo querido ver empeñado en limpiar al partido republicano español de la roña de pasiones mezquinas que ha acumulado durante esos treinta y cuatro años, roña que ha ido apartando de él, por no morir de asco, á tantos hombres disonestos á ayudarlo en toda acción feconda. De seguro que Hércules no hubiera pasado á la leyenda con la gloria que hoy tiene, pues de seguro no llega al término de su obra.

Y dicho esto, perdonenme esos jóvenes de decirles, que «ch» de menos en su Manifiesto algo que, si no resultaba bien en los viejos, es hermoso y hasta obligado en su edad: la indignación. Puntan admirablemente la desastrosa situación del partido, enumeran exactamente sus males, pero con una sensatez y una cordura propias en sus años.

Se comprende que yo haya adoptado á los míos este estilo sereno y apacible (á ratos), por el convencimiento adquirido de que es ridícula la indignación impotente; pero no que ellos, á la edad en que la sangre arde en las venas, no protesten enérgicos y airados contra las truchima-

nerías puestas en juego para que fracasasen en su empeño.

Y conste que yo no confundo los acentos de la indignación viril con los extridentes gritos de la bravuconería grotesca, tan usa los en nuestro campo; no; antes bien creo que la indignación, cuando es honda, no es pródiga de palabras.

Y dispénsese esos jóvenes este arranque extemporáneo de quién fué joven en los ya remotos tiempos en que los de mi promoción no eran tan medurados y prudentes como la mayoría de los de ahora.

Tengo tiempo há la manía de que el republicanismo resurgiría potente, si á las muchas fracciones en que está dividido, se añadiese otra: la de *La Indignación*; fracción en la que por derecho propio ingresarían todos los jóvenes. ¡Y cualquiera contrarrestaba el empuje de una fracción llena de fe y de esperanzas, é indignada por añadidura!

Pero mientras yo vea que muchos hombres de edad madura se retiran silenciosos y asqueados á sus casas, y que los jóvenes corren presurosos á encasillarse en cualquiera de las fracciones cuya impotencia para traer la República está ya bien demostrada, seguiré dudando de nuestro próximo resurgir.

Postal del jueves

CINE CLERICAL

Se susurra entre la gente de iglesia que no tardará mucho sin que aparezca un cine completamente moral, religioso y púdico. Los *cines* que ahora rigen no son una garantía para las familias que leen *El Siglo Futuro* y *La Lectura Dominical*: hay mucho verde en las películas, y eso no lo puede tolerar el fariseísmo de nuestros clericales.

La previa censura de las películas que ya obtuvieron no les basta; quieren algo más: explotar el negocio por cuenta propia. Han visto que produce, y ya que no es posible erigir un teatro católico por ahora, se han decidido por el cine exclusivamente clerical. Se hará el ensayo en Barcelona y en Madrid, y si la cosa pega, se irán fundando otros en provincias.

Como los tiempos no pasan en balde, el cine clerical, que no tendrá en lo externo la más remota apariencia de tal, será lujosísimo y barato: se permitirá la entrada á todos los niños y doncellitas, pues en él no habrá nada, absolutamente nada que pueda ser incentivo de tentación. Una de las novedades será que una vez comenzada la película no se permitirá á nadie la entrada hasta que termine, pues la sala quedará completamente á oscuras, y antes de dar

la luz sonará dos veces el timbre. Los organizadores del cine clerical esperan un resultado sorprendente de esta sencilla mejora. Habrá una sección de cutacas especial para los jóvenes pudidos á quienes no es grato codearse con el sexo opuesto.

Del régimen y funcionamiento de estos *cines* se ha encargado una comunidad religiosa masculina exranchera, la cual, claro está, no se exhibirá por allí. Otra reforma: los acomodadores serán señoritas con lujoso uniforme. Se dice que un prócer católico ha donado cien mil duros para el cine clerical de Barcelona. Habrá sesiones especiales para colegios católicos de niños y niñas, y para cofradías de adultos, y días especiales para clérigos y religiosos.

Parece ser que el Gobierno ha visto con muy buenos ojos el proyecto, lo mismo que el Instituto de Reformas Sociales, la Protección á la Infancia, los partidos conservador, integrista y jaimista, y la Prensa de familia, y una comisión de damas se ha ofrecido á gestionar de la Hacienda, Diputación y Municipio la anulación de todo impuesto que suele gravar estos espectáculos.

¿Tendrá éxito el cine clerical? Nosotros se lo auguramos brillantísimo, y llamado á hacer trizas al otro cine, que con su fama de sicalpítico y foco de enredos no era muy bien visto por nuestra santa madre la Iglesia.

Viudas, caídas y solteras podrán ir al cine clerical con libertad omnimoda, y lo mismo los más graves y austeros varones sin menoscabo de su integridad moral.

Será muy fácil oír diálogos como estos en la misa de la comunión reparadora:

—¿Dónde va usted esta tarde, doña Julia?

—Hija, al cine nuestro: echan una película bíblica, *Susana y los viejos*, que es una preciosidad.

—¡Ah! Pues si hubiera usted visto *La mujer de Putifar* y José, aquello sí que era una joya... El jueves hay un estreno: *Las ciudades mofandas*, que creo es una maravilla.

—Pues no falta! é.

FRAY GERUNDIO

¡Qué triste es esto!

En un periódico de Barcelona lei hace poco un artículo, firmado por Conrado Solsona, en el que, refiriéndose al estreno de *Electra*, se dice:

«Entonces brotó el anticlericalismo; palabra cursi, tendencia odiosa. Se puede ser todo lo neutro que se quiera; todo lo profano, todo lo radicalmente enemigo de las disciplinas eclesiásticas y de las religiones, sin proclamarse a priori enemigo de los curas, por todo supremo ideal

definitivo. El anticlericalismo no es liberal, sino sectario. De esa propaganda inculta surgieron entonces las pedreas que con el menor pretexto se lanzaban contra los conventos de los jesuitas, que ni siquiera son curas.»

Sin ir firmado por un periodista tan culto y tan conocedor de la historia contemporánea, no me hubiera fijado en ese párrafo: «una sarta de vulgaridades más juzgando el anticlericalismo», me hubiese dicho. Pero firmado por Solsona, he creído que debo reproducirlo, para poner una vez más al descubierto la táctica jesuítica de hacer correr la voz de que el anticlericalismo es cursi, por ver si así huyen de él los necios que pretenden en todo ir á la última moda.

Los hombres inteligentes cual Solsona que hacen de ese modo el juego al jesuitismo, se colocan al nivel de los sabios que justifican la barbarie alemana. Lo cual es colocarse muy bajo en intelectualidad y en sinceridad.

QUIETECITOS EN CASA

El cura de Edreira, ayuntamiento de la Vega del Bollo, aceptó la donación de unas tierras que le dejó un feligrés.

Los tribunales declararon la nulidad del testamento, y entró en posesión de las fincas su legal propietario, quien las arrendó a un convecino, el que con su laboriosidad y constancia convirtió algunos estériles eriales en productivos terrenos de siembra.

Hace poco fué el arrendatario á oír misa en día festivo, y el ministro del Señor lo echó de la iglesia, dirigiéndole palabras de sacristía, es decir, groseras, y amenazándole.

Demandó el campesino al cura, pero nada consiguió, pues hubo varios Constantinos rurales que se prestaron a echarle un manto.

¡Oh labradores que cultivéis tierras á que algún cura se crea con derecho! Guardaos de ir á la iglesia como de mearos en la cama. Y los que no las cultivéis... también.

Está demostrado, por numerosas experiencias, que no son insultados en ellas aquellos que á ellas no concurren.

Y ya sabéis que la experiencia es madre de la ciencia.

VERDADES AL PUEBLO

(Juan Lanás)

por José Nakens

Segunda edición.—318 páginas.

PRECIO DOS PESETAS

Dios ante el sentido común

PRECIO: UNA PESETA

DISCURSO

pronunciado por Lloyd George, ministro de Hacienda de Inglaterra, en el Queen's Hall de Londres el 19 de Septiembre de 1914.

(CONCLUSIÓN)

LA NUEVA FILOSOFÍA DE ALEMANIA

¿Habéis leído sus discursos? En ellos rebosan el esplendor y la jactancia del militarismo alemán: «El puño con guante de acero.» «La luciente coraza.» ¡Pobre viejo puño enguantado en acero! Sus nudillos están sufriendo algunas abolladuras. ¡Pobre armadura luciente! Está perdiendo el brillo. (Aplausos.) Esta era su religión. ¿Tratados? Se enredan en los pies de Alemania al avanzar. ¡Córtese con la espada! ¿Naciones pequeñas? Impiden el avance de Alemania. ¡Que el talón alemán las pisotee en el fango! ¿Los esclavos rusos? Desafían la supremacía de Alemania en Europa. ¡Lanzad vuestras legiones contra ellos y trituralos! ¡Inglaterra? Es una constante amenaza al predominio de Alemania en el mundo. ¡Arránquese el tridente de sus manos! ¿El cristianismo? ¡Sentimentalismo enfermizo acerca del sacrificio por otros! ¡Floja papilla para el aparato digestivo de Alemania! Necesitamos una nueva dieta. Se la impondremos al mundo. Se hará en Alemania—(Risas y aplausos)—dieta de sangre y hierro. Ha desaparecido el honor de las naciones. Ha desaparecido la libertad. ¿Qué queda? ¡Alemania, queda Alemania! «Deutschlan über Alles.»

Eso es lo que nosotros combatimos: la pretensión de una civilización material y áspera al predominio; una civilización que si alguna vez gobierna al mundo, desaparecerá la libertad, se desvanecerá la democracia. Y á menos que Inglaterra y sus hijos vayan en su ayuda, negros son los días que esperan á la Humanidad. (Aplausos.)

¿Conocéis al Junker prusiano y sus hechos? Nosotros no combatimos al pueblo alemán. El pueblo alemán sufre bajo el talón de esta casta militar; el labriego, el artesano, el comerciante alemán verán con regocijo el día en que se destruya esta casta militar. Conocéis sus pretensiones. Cree el Junker que le basta con decir: «Tenemos prisa.» Esa es la respuesta dada á Bélgica: «La rapidez de acción es la mayor fuerza de Alemania.» Lo cual significa: «Tengo prisa; dejadme vía libre.» Las pequeñas nacionalidades que interceptan su camino son arrojadas á la cuneta, ensangrentadas y rotas. Las ruedas de su cuespado vehículo aplastan á mujeres y niños, y á Inglaterra se le ordena que no le salga al paso. Esto es lo que yo puedo

decir: Si el viejo espíritu británico está aún vivo en los corazones ingleses, se echará de su asiento á ese jaque. (Grandes aplausos.) De triunfar él, ello será una de las mayores catástrofes que han acontecido á la democracia.

DEL TERROR AL TRIUNFO

Ellos creen que no les venceremos. No será fácil. Será un trabajo largo; será una guerra terrible; pero al final iremos del terror al triunfo. (Aplausos.) Necesitaremos de todas las cualidades que Inglaterra y sus hijos poseen: prudencia en el consejo, audacia en la acción, tenacidad en el propósito, valor en la derrota, moderación en la victoria y fe en todas las cosas. (Grandes aplausos.)

Se han complacido en creer y predicar la creencia de que somos un pueblo decadente y degenerado. Han proclamado ante el mundo, por medio de sus profesores, que somos una nación antiheroica, acechando detrás de nuestros mostradores de caoba, mientras incitamos á razas más valientes á que los destruyan. Esta es la definición que de nosotros se hace en Alemania: «Una nación temerosa, pusilánime, que confía en su marina.» Creo que ya empiezan á descubrir su error—(Aplausos)—y ya hay medio millón de jóvenes en Inglaterra que han inscrito el voto hecho á su rey de cruzar los mares y lanzar contra sus autores, en los campos de batalla de Francia y Alemania, el insulto inferido al valor británico. Necesitamos otro medio millón, y lo tendremos. (Grandes aplausos.)

EL SACRIFICIO

Os envidio á vosotros, hombres jóvenes, la oportunidad que se os ofrece. Es una gran oportunidad; una oportunidad que sólo se presenta una vez durante muchos siglos. La mayor parte de las generaciones tienen que sacrificarse sin brillantez, en una fatiga del espíritu. Hoy se os presenta, se nos presenta á todos, en la forma encendida y emocionante de un gran movimiento de libertad que empuja á millones de hombres, á través de Europa, hacia un mismo noble fin. (Aplausos.) Es una gran guerra por la emancipación de Europa de la esclavitud de una casta militar que ha cubierto de sombras dos generaciones humanas y que está sumergiendo ahora el mundo en un oleaje de sangre y mortandad. Algunos han dado ya sus vidas. Otros han dado más que sus vidas: las vidas de aquellos que les son queridos. Yo reverencio su valor y ojalá Dios les alivie y fortifique. Pero á mano tienen la recompensa: los que han caído han muerto consagrados. Han participado en la formación de una Europa nueva, de un mundo nuevo. Yo veo signos

de su advenimiento al resplandor de los campos de batalla.

EL NUEVO PATRIOTISMO

El pueblo ganará con esta lucha, en todos los países, más de lo que concibe por el momento. (Muy bien.) Ciertamente es que se redimirán de la mayor amenaza á la libertad. No es eso todo. Hay algo infinitamente más grande y duradero que se dibuja ya en este inmenso conflicto: un nuevo patriotismo, más rico, más noble y más exaltado que el antiguo. (Aplausos.) Veo entre todas las clases, altas y bajas, despojándose de todo egoísmo, una nueva concepción de que el honor del país no depende simplemente de mantener su gloria en el campo de batalla, sino también de proteger sus hogares contra la miseria. (Muy bien.) Trae una nueva perspectiva para todas las clases. La gran inundación de lujo é indolencia que había sumergido al país, está retrocediendo y una nueva patria aparece á la vista. Por primera vez podemos ver las cosas fundamentales que importan en la vida y que se habían ocultado á nuestros ojos en medio de un florecimiento tropical de prosperidad. (Muy bien.)

LA VISION

¿Puedo deciros en una sencilla parábola lo que pienso que la guerra significa? Conozco un valle en Gales, entre las montañas y el mar. Es un hermoso valle, abrigado, cómodo, defendido por los montes de todos los ventarrones desagradables. Pero es muy enervante, y recuerdo que los muchachos tenían la costumbre de subir á la colina que domina la aldea para contemplar las grandes montañas en la lejanía y para sentirse estimulados y refrescados por las brisas que bajaban de las cumbres y por el espectáculo de su grandeza. Durante generaciones hemos estado viviendo en un valle cubierto. Hemos sido demasiado cómodos, demasiado indulgentes, muchos quizás demasiado egoístas, hasta que la ruda mano del destino nos ha castigado elevándonos á una altura donde podemos ver las grandes cosas eternas que importan á una nación, los grandes picos que habíamos olvidado: el Honor, el Deber, el Patriotismo; y, envuelto en un blanco deslumbrante, la gran cima del Sacrificio señalando al cielo como un dedo rugoso. Descenderemos de nuevo al valle; pero en tanto vivan los hombres y mujeres de esta generación, llevarán en sus corazones la imagen de esas altas cumbres, cuyos fundamentos no se han conmovido, aunque Europa oscila y se tambalea en las convulsiones de una gran guerra. (Entusiastas y prolongados aplausos.)

Imprenta, Monserrat, 7.